

UCLA

Mester

Title

En la tumba de Vallejo

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/1m49c3rp>

Journal

Mester, 4(2)

Author

Eshleman, Clayton

Publication Date

1974

DOI

10.5070/M342013477

Copyright Information

Copyright 1974 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

En la tumba de Vallejo

para José Rubia Barcia

Pasé la roca de Soutine y seguí caminando hasta llegar a tu
piedra oblonga
granito moteado, en oro:

J'AI TANT NEIGÉ
POUR QUE TU DORMES
GEORGETTE

y tenía que estar nevando, de fines de octubre en el frío aire,
los hechos eran, los primeros copos cayendo en
lo poco que importa la muerte, porque la arena
es la nieve volando sobre la hierba, vivos cristales en
cada hoja, lo mojado disolviéndose en tu frente,
enfrentándosete, más allá del suicidio, la balanceante
marca acuática de tanto nevar en ella, de darle a ella el pan
en tu yeyuno cuando no había pan para tu boca –
para que tú estuvieras en paz Georgette,
para que yo no volviera a excitar tus ovarios,
para sólo reconocer a la arañita y
construirle este santuario al borde su congelante tela.
Que la roca de Vallejo pueda ser verde,
pueda dominar e inspirar la arena,
pueda tener más vida que el pan,
pueda citarse con el pan, pueda ir a la buena y
a la mala saliva, digerible
pero eterna, fluye el río roza pero no puede fijar,
¡balanceante marca acuática en tu angelical deseo de que ella esté
en paz! Sentir a nuestro vecino en mangas de camisa, oír su débil chorreo
en el cuarto de al lado de nuestro hotel, sentirle comprando ropa
y en ese sentir transformar
la anchura prehistórica de este día
con él, ¡dos células, un billón de mismos,
anguilas enmarañadas en formación!

Me siento un instante
y en vez de borrar anguilas, en vez de preguntarme por qué
no son arañitas, en vez de racionalmente
medir mi cuerpo contra tu piedra,
dejo que todo el muro se me eche encima,
dejo ir mi pan y la ropa,
suelto el estuche de la civilización.
el sendero que va del bulevar hecho por el hombre
donde una mujer en el arroyo da a luz,
hasta la tumba del parque hecho por el hombre,
donde en la piedra alguien que nos ama
ha cincelado y así encadenó nuestro nombre.
Por fuera de este sendero está el infinito santuario que crea el arte,
ahí mismo en los castaños, ahí mismo en J'AI
TANT NEIGÉ, palabras que hacen girar
al hombre mortal, ver como incluso al enfrentarse
con la piedra ve sólo su visión aumentando
el sentimiento por la vida, una frente mojada más mojada
que todas las nieves, mantengo encendida esta luz, César,
el impulso es seguir nevando, dejarle a ella
sólo una inquieta paz donde en nada
otro colocará su cuerpo en visión
y otro me verá a mí viéndoos a vosotros dos
oro en piedra gris, carne en el frío en piedra gris,

castaño rumoreando en su lectura habiendo venido aquí
en un día de primavera de ahora en 3000 años, a esta montaña
que fue París, a este universo que acostumbraba a ser la tierra,
¡a las enormes flores azules despidiéndose a la entrada del
santuario de la araña humana!

El sentido del arte es esta araña con mandil de cuero rojo,
teniendo una pata de cordero en una pinza, un machete en una mano,
mientras el cordero juega a su lado y el machete
crece en la membrana de la flor azul,
esta araña cantará mientras un pececillo con aletas de cachorro
se abre paso por los rayos de sol del universo,
no cantará en nuestro nombre,
cantará en una lengua que el cordero sabe recordando
el tintero al que su pata acostumbraba a estar atada,
cantando cuán pequeña, cuán grande, cuán transformación
era la llave que logró abrir la ósea
puerta que da a la tumba de Vallejo,
piedra radical, nombre radial.

Clayton Eshleman
París, octubre-noviembre, 1973

Traducción del inglés de J.R.B.

Los Caníbales

I

Si abrimos la ventana
en vez de entrar la luz
entrarán los venenos
que almacenamos todos
gatos llenos de sarna
basuras cancerosas
arácnidos sangrientos
manos desfallecientes
por ello es necesario
cerrar bien la ventana
para poder al menos respirar.

II

Este hermoso juego de la destrucción a que jugamos
puede resultar hasta beneficioso
si tenemos en cuenta
que los caníbales siguen siendo considerados
como magníficos muchachos
el problema se vuelve a plantear
cuando nos enfrentamos con el piecicito
de nuestro propio hijo o el muslo sonrosado
de nuestra amada madre aparte claro está
de la oreja y la mano de nuestro venerado
progenitor y hasta teniendo en cuenta
algunas de las relaciones eróticas posibles
el seno o el bajo vientre de aquella mujer
con la que compartimos la extraña responsabilidad
de concebir un ser para la muerte.

Julián Marcos